

(185)

SEMANARIO PATRIÓTICO.

NUM. XI.

Jueves 10 de Noviembre de 1808.

POLÍTICA.

Señores Editores del Semanario Patriótico.

Vitoria 20 de Setiembre de 1808.

Muy Señores míos: Quando supimos en esta tierra que se nos venia de huesped el Señor Don Josef con su gran quadrilla de vandidos, huyendo de la epidemia que tantos estragos ha hecho en esa Corte, presumimos desde luego que no dexaria de acompañarle algun otro español bastardo, como si dixeramos... Pero aun no es tiempo de murmurar: baste insinuar por ahora que esperabamos alguno de los *ilustres* personajes que se habian distinguido en el reynado de nueve dias. Sucedió así en efecto, y aun mas de lo que podia prometerse nuestra malicia; pues han venido señores de todas gerarquías, hasta clérigos, si bien á estos les tuvimos por capellanes del ejército, á falta de eclesiásticos franceses, que segun parece no



son dados á la milicia. Pues, señores míos, creia yo que estos españoles fugitivos vendrian contritos y cabizbaxos, como quien ha perdido ignominiosamente su patria, sus haberes y amigos; pero nada de eso: por estas calles andan entonados y bulliciosos apostándose á Vmds., á mí, y á todos los verdaderos patriotas, y aun compadeciéndose de nosotros. ¡Vean Vmds. qué caridad tienen los angelitos!

Como entre ellos hay tambien algunos *sabios*, se han dado á escribir Gazetas, Discursos políticos, y otras obras didácticas con el santo y loable fin de probarnos que somos los Españoles unos majaderos en no permitir que Josef nos robe, que Napoleon nos tiranice, y que Grouchy nos arcabucee. Entre dichos escritos merece particular atencion uno que tiene por título: *Reflexiones imparciales sobre el estado actual de España*, impreso en esta ciudad. Es un librete cenceño que puede ir en carta como la *Constitucion Josefina*; y aunque tan pequeño, contiene cosas grandes, agigantadas: en suma, cosas de Barrabás. Allá van por muestra algunos retazos. *El Emperador Napoleon no podia mirar con indiferencia que una nacion tan gloriosa como la Española fuese el juguete y escarnio del enemigo comun del continente. Ya se vé: ¿cómo habia de ver con indiferencia el Quixote Imperial y Real un tuerto semejante sin desfacerle? ¿Cabia este descuido en un Emperador andante, protector de los desvalidos, amparador de los menesterosos, y ángel tutelar de los tronos? Quanto mas, que los tales Ingleses le persiguen mortalmente, y el buen caballero no puede haberlos á las manos para castigar su demasia; y de aquí le vie-*

ne su encono, y el tratarlos de follones y malandri-
 nes como el heroe manchego á los desalmados encan-
 tadores. Pero prosigamos. *No ha habido género alguno*
de miramiento y contemplacion de que el Emperador no ha-
ya usado para grangearse el afecto de los Españoles, y
evitar todo medio violento y de rigor. Para no gravar á
las Provincias se ha contentado con enviar un corto núme-
ro de tropas... ¡Poder de Dios! Pues si por no gra-
 var á las Provincias nos envía el Señor Napoleon unos
 doscientos mil hombres, ¿quántos hubiera enviado que-
 riendo gravarlas? Vaya, que el tal escritor es algo
 fanfarron. ¡Doscientos mil soldados le parece corto nú-
 mero! Como se conoce que no los mantiene: á fe que
 no dirá otro tanto el Emperador de la *Galia republica-*
na. Mas ahora sale otro personage á la palestra. *Ta*
empezaba Josef I. á coger el fruto de su paternal anhelo.
 ¿Y qué fruto pudo coger su *paternidad* en nueve ó diez
 dias de mando? ¿Adulacion? Poco podia agradarle su
 incienso mientras Dupont se perfumaba en Baylen con
 la pólvora de los Españoles. ¿Dinero? Murat habia
 robado lo poco que teniamos; y solo dexó á su an-
 tecesor en el reyno de Nápoles pesadumbres, desay-
 res y remordimientos: con que no es muy apetecible
 el fruto recogido por el Señor Josef; á bien que ya
 lo da á entender el escritor quando dice: *Pero un su-*
ceso desgraciado de las tropas francesas en Andalucía obli-
ga al Rey á tomar otras medidas. Esta es la vez prime-
 ra que un Español *agavachado* confiesa un desastre de
 los invencibles exércitos de Napoleon; aunque por no
 degradar la Magestad dice sagazmente que el Rey *fué*
á tomar otras medidas. ¡Vea Vmd. qué cosa! ¡quántos

habrán creído hasta ahora que huyó S. M. como un gamo! ; Y es una friolera las leguas que se llevó de un tirón para *para venir á tomar otras medidas!* Pues si por desgracia suya las ha tomado mal esta segunda vez, á la tercera le vemos tomando otras nuevas en París quando menos. Mas como quiera, sigue el escritor *reflexivo*. *A pesar de los agravios con que se le insulta* (se entiende á Josef) *no respira sino bondades*. ; Bendito Monarca! al fin de la casta de Napoleon benéfica y apacible; y aun por esto desengañado ya de la inestabilidad de las cosas humanas ha dexado, á imitacion de Fr. Gerundio, la carrera que seguia, y se ha metido á predicador, como verán Vmds. por el siguiente discurso que pone el autor en boca de su *legítimo y bondadoso* Monarca. *Si los Españoles quieren escuchar la razon, yo compeiré con ellos en ser razonable; pero si se obstinan en seguir el ímpetu de sus pasiones, y en llamar sobre sí los males terribles de la guerra, no podrán imputárseme tan funestas calamidades, y los autores de tantas desgracias serán responsables de la desolacion que amenaza á la infeliz España.* Por este trozo tan sublime y patético se echará de ver la diferencia que hay de los discursos de un Monarca á los de un escritor humilde y asalariado. ¿Pudiera éste entonarse y subir tanto de punto la eloqüencia, aunque se estuviera devanando los sesos toda la vida? Imposible: esto lo da la misma dignidad: ella es la que inspira aquel terrible vaticinio de la *desolacion que amenaza á la infeliz España.* Piedad, Señor: trate V. M. misericordiosamente á esos doscientos mil rebeldes que le van á los alcances.

En efecto, Señores Editores, parece que el *bené-*

fico Rey oyó mi súplica ; pues según se susurra por
 acá intenta perdonarnos , y dar la vuelta á Francia ;
 con cuyo motivo dexo mis glosas al Discurso políti-
 co , y voy á entretenerme en hacer algunas reflexio-
 nes sobre la suerte futura del buen Rey , y de los bu-
 enos Españoles que le siguen. Desposeido aquel del ce-
 tro Español ; adonde irá á buscar vasallos que le man-
 tengan ? Los tronos que habia vacantes ya están pro-
 vistos : volver á Nápoles quitando á Murat , sobre ser
 indecoroso á la soberanía Napoleónica , ocasionaria es-
 candolosos chismes en la *santa familia* : quedarse en
 Francia sería dar en qué entender á los esclavos re-
 publicanos de Napoleon : insistir en la conquista de
 España es perderse para siempre. No importa , dice
 fieramente el Corso : sacrifiquense á mi ambicion mi-
 llares de Franceses y Españoles : perezca , si es ne-
 cesario , todo el linage humano antes que yo desista
 de mi empeño. Así piensa Napoleon , y así todos los
 tiranos de la tierra ; ¿ mas qué valen sus bárbaros es-
 fuerzos contra el virtuoso é indomable patriotismo ?
 Nada , insensatos Españoles que seguís las huellas del
 usurpador ; nada. Perded las esperanzas de volver á
 una patria que no merecéis ; arrastrad gimiendo la ig-
 nominiosa cadena de la servidumbre : á todas partes
 os seguirá la exécracion de los buenos ; donde quiera
 sereis menospreciados ; y el historiador que transmi-
 ta á la posteridad los sucesos presentes contrapondrá
 con negros colores vuestra ingrata perfidia al herois-
 mo de los verdaderos patriotas.

Dexo la pluma , Señores Editores , porque me he
 acalorado mas de lo que acostumbro , y no es para

una carta el asunto importante que he tocado últimamente. Queda de Vmds. seguro servidor — VERANIO.

RECUERDO DEL 31 DE OCTUBRE DE 1807.

Yo te saludo, ¡ó día para siempre memorable en los fastos de nuestra historia! Mi imaginacion, subiendo por el río de los sucesos que se han despeñado de ti, no puede dexar de contemplarte sobrecogida de un terror sublime. En ti se dió un nuevo exemplo de la inestabilidad de la fortuna, y de las tormentas que rodean á las montañas del poder humano: en ti se acabó aquella regularidad y moderacion de procedimientos que distinguia la Corte de nuestros Príncipes: en ti sufrió su primera convulsion el trono quietamente asegurado hasta entonces, y se vió entregado á las revoluciones sangrientas que agitan á los serrallos del oriente, y desdicen tanto de nuestras costumbres.

¿Quién pintará dignamente el asombro que se apoderó de todos los Españoles al ver al irritado Monarca acusar publicamente de parricida á su primogénito, y implorar la espada de la justicia para vengar tan horrible atentado? ¿Quién aquel silencio de consternacion, aquellas miradas con que encontrándonos unos á otros, no osando hablarnos, no osando preguntarnos, ibamos á leer en la fisonomía agena lo que el corazon temia descubrir? ¿Logró la calumnia su intento? ¿Consumió la atrocidad el sacrificio? ¿Se dió por

el pie al árbol de nuestras esperanzas? Esto nos preguntábamos mudamente; y al mismo tiempo volvíamos la vista indignada á la mansion, donde el Visir rodeado de aduladores y de tinieblas, ordenaba, aunque de lejos, aquella trama abominable; y con el llanto en los ojos, y la rabia en el corazon; ¿quién será ya nuestro escudo, decíamos, quando ni al mismo heredero del trono valen su alta dignidad, su caracter apacible, sus costumbres inocentes, y un respeto y reverencia habituales hácia su padre y su Rey?

Algunos incautos volvian su atencion y su esperanza al ejército Frances que iba entrando en el Reyno, y cifraban en él la defensa del perseguido Príncipe, ó al menos su venganza. ¡Imprudentes! No sabian que algun dia pagarian con lágrimas de sangre tan loca confianza, y conocerian dolorosamente que es mal asilo el que se busca en la ambicion de un extraño. Harto mejor y mas seguro amparo fué el silencio terrible que guardó el pueblo Español. Contenido en los límites del respeto que debia á la Magestad, y esperando que llegase el desengaño á abrir los ojos del padre fascinado; se manifestó en ademan tan fiero y amenazante, que el tigre desalentado tuvo que abandonar á su despecho la presa inocente que ya iba á devorar.

Yo te saludo, ¡ó 31 de Octubre! tú fuiste su último dia: tú viste el postrer ensayo de su poder insolente: tú le despeñaste al precipicio, y quando la posteridad quiera contar, para escarmiento de los Reyes y de los pueblos, la caída espantosa de un Favorito exécrable, de ti tomará principio, y tú serás la pri-

mera escena de esta señalada tragedia.

Mas no es ésta tu gloria sola ¡ó memorable día! Amaneciste sí nublado y borrascoso; pero en la inmensidad del horizonte se descubria á lo lejos una ráfaga de luz, que era el oriente de nuestros destinos. Tú uniste estrechamente los intereses de FERNANDO y los de su pueblo : unos fueron desde entonces los peligros, unos los temores, y una la esperanza. Tú diste un triunfo á las leyes, una ocasion de entereza á la magistratura, un motivo de confianza á los buenos y de terror á los perversos. En ti empezó á desmoronarse el alcazar del poder arbitrario que nos oprimia; y en aquel punto se reanimó en nuestros pechos esta llama de lealtad y patriotismo que ha repelido á nuestros tiranos, y al fin recobrará ó vengará á nuestro Rey. Entonces empezó á desplegarse la bandera de la libertad Española, que ahora vencedora y terrible ondea por los ayres. Tú fuiste el precursor de los días de Marzo : tú inspiraste á los valientes de Madrid la consagracion generosa que hicieron de su sangre en el 2 de Mayo : tú disipaste como nieblas las falanges Francesas delante de Valencia y Zaragoza. En ti abatimos á Godoy, por ti triunfaremos de Napoleón; ¡ bendito seas mil veces ó 31 de Octubre!

ECONOMÍA.

Si el escritor que da á conocer al pueblo sus derechos, enseñándole al mismo tiempo á conservarlos y defenderlos, es acreedor á la gratitud nacional, no menos se la grangea el hombre laborioso que dedica

sus desvelos y afanes á descubrir los medios de disfrutar de nuestras riquezas, ó emplear nuestros recursos con aquella prudente distribucion y arreglo que aumenta las primeras, al paso que multiplica los segundos. El bien de la humanidad guiará siempre su pluma, y le ayudará en sus investigaciones: las necesidades de toda especie, que por tan largo tiempo hemos padecido, habrán dado un nuevo impulso á sus estudios y observaciones: el peligro en que nos hemos visto le habrá estremecido, y el ardor con que nuestros guerreros corren á la venganza habrá exaltado su patriotismo, inspirándole el deseo de dirigir todas sus especulaciones y tareas á disminuir, en algún modo, las fatigas, y aliviar la suerte de los valientes defensores de la patria.

En esta clase de zelosos patricios debemos, sin duda, colocar al estimable autor de dos cartas que en el discurso del mes pasado recibimos de Sevilla, y que por la importancia del asunto de que tratan, utilidad de las miras que contienen, y patriotismo con que están escritas, merecen que las demos á conocer al Público.

«Los defensores de la patria, empieza la primera de estas cartas, deben llamar en la actualidad nuestra atencion, con entera preferencia á qualquiera otro objeto. Proporcionarles una subsistencia segura y saludable: no omitir medio alguno para el establecimiento de buenos hospitales, donde encuentren los alivios, que exige la humanidad y nuestro propio interés, en sus dolencias y honrosas heridas; y evitar, en quanto sea posible, todo lo que pueda con-

„tribuir á debilitar su salud, y hacerles contraer enfermedades, sin perder de vista tampoco quanto pueda servirles de comodidad, consultada la economía que tan imperiosamente manda nuestra situacion: véase aquí los puntos que ninguno de quantos tiene á su cargo la inspeccion y cuidado del soldado debe olvidar jamás.”

Sentados estos principios, pasa el autor á explicar el objeto á que por ahora los aplica, y es el calzado de las tropas. Se lamenta de lo que las ha visto padecer en los meses rigurosos del invierno, quando caminando por lodazales y arroyos, no podian pasar sino metiéndose en ellos hasta la rodilla, y sin poder libertarse de los perniciosos efectos que resultan de la humedad; no porque careciesen precisamente de zapatos, sino porque este calzado es sumamente incómodo, y aun perjudicial, para transitar por entre lodos, aguas y rievés, como lo demuestra el autor.

Además de los males que el soldado llega á contraer, no son de menos consideracion los perjuicios que se siguen á la Real Hacienda, por los gastos de estancia en los hospitales; de modo que al mismo tiempo que se disminuyen los ejércitos, quando por este lado sería muy facil evitarlo, se disminuyen tambien los caudales, que con tanto arreglo se deben expender, y que tan necesarios son en todas las empresas militares.

Así, pues, reuniéndose la salud y la economía para proscribir el zapato, no encuentra el autor calzado mas á propósito para conciliar una y otra, ni de mas facil construccion en qualquiera parte que la abarca. Es sumamente ligero y acomodado para trepar

por breñas y cerros, no coge humedad alguna, y conserva siempre los pies calientes. «Para conseguirlo es necesario, dice el autor, que la abarca no se ponga solo sobre peales, sino colocando encima un pedazo de pellejo bien sobado, de carnero, de oveja ó de cordero que cubra desde los dedos del pie, hasta cerca de la rodilla; y de este modo no hay peligro de calarse, aunque todo el dia esté el que las lleve metido entre lodos y charcos.

»No solo es preferible este calzado por estas ventajas, sino por su extraordinaria economía. Yo supongo que los peales, que deben ser de xerga, ó de una tela que llaman en la Mancha cordellate, los pellejos y las agujetas que llaman calzaderas, cuestan 12 ó 13 reales (con un juego solo, basta para todo el hibierno), y que el par de abarcas cueste 3. Subirá entonces el primer calzado á 14 ó 16 reales, cantidad menor que la que regularmente cuesta un par de zapatos, aun de los que llaman de munición. Un par de estos zapatos no puede durar un mes al soldado, si tiene que andar por breñas, entre nieve y agua, y si le dura será haciéndole composturas que le costarán lo menos 5 ó 6 reales. Así que por un cálculo muy baxo, se puede asegurar que para estar calzado con zapatos los seis meses de hibierno, necesita gastar á lo menos seis duros, independientemente de lo que gaste en el destrozo de medias y botines, que no es corto renglon. Para estar bien calzado todo este mismo tiempo, usando de abarcas, necesita de primera compra lo mas 16 reales, á los que añadidos 15, importe de cinco pares de abar-

»cas, uno para cada mes, componen un total de 31
 »reales. Comparada esta cantidad con los 120, que á
 »lo menos debería gastar en zapatos, resultará el ahor-
 »ro, por cada soldado de 89 reales, y de consiguien-
 »te en un total de 2000 hombres el de 17,800,000
 »reales, suma considerable, sin contar el ahorro de bo-
 »tines, medias y composturas de zapatos, que debe
 »ser de mucha monta, y prescindiendo del mayor
 »abrigo de los soldados, de la mejor conservacion de
 »su salud, y de las menos estancias que causarían en
 »los hospitales, objetos todos, que reunidos, son de
 »mucha importancia.”

Llevado el autor de su ardiente deseo de minorar, en quanto fuese posible, los males inevitables á que está expuesto el soldado, propuso este pensamiento á nuestro antiguo y pestilencial gobierno, en tiempo de la anterior guerra de Francia; pero como entonces solo se pensaba en dilapidaciones, extorsiones y destrucción; qué acogida podían tener las tareas y desvelos del ciudadano desinteresado y laborioso que solo pensaba en ser útil á sus semejantes, y hacerles mas llevaderas las fatigas de la humanidad? Una sola objecion se le hizo, decisiva y sin réplica, al parecer de aquellos estragados é ignorantes Visires; pero tan frívola como infundada á los ojos del autor. Dixéronle pues que la abarca *era un calzado embarazoso para ponerse, y que en ello se gastaba mucho tiempo.* Á esto responde que por el grande uso que en España se hace de este calzado, las dos terceras partes de nuestros soldados, á lo menos, están acostumbrados á las abar-
 eas; y que casi todos encontrarán mas dificultad pa-

ra ponerse medias , zapatos y botines , que para rodearse el pie y pierna con el sencillo y saludable calzado que propone : que como no hay ningun riesgo en que anden por barrizales , se metan en pantanos y vadeen rios , por espacio de ocho ó mas dias , sin necesidad de quitarse el calzado , porque no le penetra la humedad , se sigue que siempre estarán prontos para qualquiera alerta , sorpresa ó expedicion repentina : que sola esta ventaja debe hacer preferir la abarca al zapato ; pues éste hay que dexarle enjugar á la lumbré , y entonces ¿qué tiempo no se pierde? ó conservarle húmedo en el pie , lo que en poco tiempo inutiliza al soldado , y le hace contraer enfermedades.

En fin , aun quando dicha objecion pudiese tener alguna apariencia de solidez , para "todo hay remedio , "dice el autor , quando se quiere buscar , y no me parece racional que por solo un caso raro y extraordinario que puede ocurrir , y que facilmente se puede remediar , se menosprecien unas ventajas de tanta economía y de tanta comodidad."

Acaba el autor su primera carta diciendo , que con lo que se ahorre en el calzado de los soldados , se les podrán proporcionar capotes , resultando de aquí que con el coste de los zapatos podrán tener abarcas y capotes , aquellos con las ventajas que se han indicado , y estos , no como regularmente se usan , sino como los que se llaman en Andalucía *ponchos*. Explica lo fáciles que son de hacer , lo desembarazados y libres que dexa todos los movimientos del cuerpo , y propone que se les añada una capucha , para que reunan todas las ventajas que se pueden desear. (Se concluirá.)

NOTICIAS EXTRANJERAS.

ITALIA.

Hace algun tiempo que insertamos en nuestro Periódico varios documentos relativos á los desafueros cometidos en Roma por los Franceses, y á la usurpacion de los Estados Pontificios. Despues se han publicado otros papeles sobre el mismo asunto, entre los que se halla una nota del Cardenal Gabrielli, fecha en el palacio Quirinal el 19 de Mayo, y dirigida al caballero Aldini, Encargado de negocios del reyno de Italia. En ella, despues de referir la agregacion de las quatro provincias de los Estados eclesiásticos Urbino, Macerata, Ancona y Camerino al reyno de Italia, y recordar los agravios hechos por Bonaparte al gobierno Pontificio; protesta el Cardenal en nombre del Sumo Pontifice contra la conducta de Francia, en estos términos: „S. S. „ protesta en toda forma, á la faz del mundo, contra la usurpacion de sus Estados, dándola por injusta y nula, que de ningun modo puede perjudicar á los imprescriptibles y legítimos „ derechos de su soberanía, y de la posesion perteneciente á S. S. „ y sus sucesores perpetuamente; y que no obstante el despojo „ de dicha posesion, S. S. está resuelto á mantener la integridad de sus derechos, cuyo goce recobrará quando sea la voluntad de Dios, defensor de la justicia, Rey de Reyes, y Señor de los Señores.

PORTUGAL.

Á este procedimiento injusto y tiránico añadiremos ahora la bárbara conducta que han observado los Franceses en Portugal, para que se vea cómo proceden en todas partes estos feroces monstruos. Lejos de grangearse en aquel Reyno la voluntad del pueblo, le trataban, sin distincion de personas, con la mayor dureza y altanería. Los hacendados estaban continuamente expuestos al pillage: qualquiera que manifestaba una opinion, en materia de política, poco favorable á los designios de los Franceses, ó no publicada antes por ellos, se hacia sospechoso, quando no era encarcelado. Junot manifestaba en su conducta la vacilante inquietud y genio irritable que caracterizan á Bonaparte; y aunque voltario é inconstante en sus resoluciones, era firme y ejecutivo en éstas quando tenian por objeto la crueldad, como puede juzgarse por el hecho siguiente. A principios de Agosto estaba haciendo locuras á la puerta de una iglesia de Lisboa un hombre conocido en todo el pueblo por demente. Acusáronle de que excitaba sediciones, y arrastrado hasta la presencia de

Junot, mandó éste que le llevasen al Intendente de Policía Legarde para arcabucearle. Á las once de la mañana le prendieron, y á las doce y media se verificó la execucion de esta infeliz victima en la plaza del Comercio; siendo de notar, que aun los mismos Franceses en la relacion que publicaron de este atroz suceso confesaron indirectamente la demencia de aquel desdichado.

Tambien se hicieron muy odiosos los Franceses con su irreligion y falta de decencia en el culto público; pues mientras el pueblo oraba en los templos, ellos estaban ocupados en sus ejercicios militares; y lejos de respetar las iglesias, convirtieron en barracas algunos conventos, y la capilla mayor de uno de ellos en caballeriza.

En la batalla de Evora el 29 de Julio cometieron atrocidades inauditas; después de asesinar á sangre fria 100 Españoles prisioneros, entraron en aquella plaza degollando indistintamente hombres, mugeres y niños, mientras duró el saqueo.

Protesta hecha por Bernardino Freyre de Andrade, General de las tropas portuguesas, contra los artículos de la capitulación ajustada entre los ejércitos Franceses y Portugues, para la evacuacion de Portugal (1).

Protesto en general contra todo, porque este tratado falta totalmente á las atenciones debidas á S. A. R. el Príncipe Real, ó al Gobierno que le representa: contra lo que puede tener de contrario á la autoridad Soberana, y á la independencia de este Gobierno, y de perjudicial al honor, la seguridad, y á los intereses de la nacion: y protesto especialmente contra lo estipulado en los artículos siguientes.

ARTÍCULOS I, IV Y XII. Por qué estos artículos estipulan la rendicion de las plazas, fuertes, municiones y navíos portugueses á las fuerzas inglesas, sin declarar solèmnemente que esta entrega no es sino momentanea, y que se entienda que todo será restituido inmediatamente al Principe Real de Portugal, ó al Gobierno que le representa, y á quien pertenecen, á cuyo socorro han venido las fuerzas inglesas como auxiliares.

ARTÍCULO XVI. Por qué permite á los individuos que nombra residir en Portugal: pues empeña al Gobierno de este Reyno á no juzgar ni castigar las personas que han sido notoria y escandalosamente traidoras á su Principe y á su patria, siguiendo el partido Frances, y sirviéndole al mismo tiempo: y quando la proteccion del ejército Ingles podria substraerles el castigo que han merecido, no deberia sin embargo impedir su expulsion, á fin de que el pais no pueda ser vendido de nuevo por estos mismos hombres.

(1) Véanse estos artículos en la *Gazeta de Madrid del Mártes 1.º de Noviembre*, número 140.

PRIMER ARTÍCULO ADICIONAL. Este artículo no puede de ningún modo ligar el Gobierno de este Reyno, en atención á que no estipula ningunas condiciones reciprocas.

En fin, protesto porque no ha sido proveído á la seguridad de los habitantes de la capital y de sus cercanías, no habiéndose estipulado nada en su favor, para garantirlos de todas vejaciones y opresiones ulteriores por parte de los Franceses, en el tiempo que estén en este país: ni asimismo ningún equivalente para lo que está arreglado por los artículos xvi y xvii en favor de los Franceses y sus partidarios.

Y me limito á protestar contra estos capítulos, á fin de no entrar en mas largos detalles, pasando en silencio otros objetos de menos importancia, tales como el regalo de 800 caballos, que ha sido hecho, sin reflexionar que estos pertenecen casi todos á Portugal, y que consiguientemente no podian ser considerados como propiedades de los Franceses: que los almacenes del ejército habian sido provistos á expensas del país, y que por consecuencia pertenecian de hecho solamente, y no de derecho, á los iníquos usurpadores. — Bernardino Freyre de Andrade. — En el cuartel general de la Encarnacion á 14 de Setiembre de 1808.

NOTICIAS DEL REYNO.

El desdichado vecindario de Vitoria experimenta cada día nuevas vejaciones y crueldades de parte de los Franceses. Ultimamente, han dispuesto que todos los forasteros que lleguen á dicha ciudad, ya sea como transeúntes, ya sea para permanecer en ella, tengan que proveerse de una *carta de seguridad*, so pena de ser tratados como espías, y como cómplices suyos, todas las personas de las posadas ó casas en que estuviesen alojados. ¡Triste del que por casualidad, descuido ú ignorancia, se encuentra sin la tal carta, quando al primer centurion de foragidos se le antoja pedirselas en la calle, ó en qualquiera otra parte (lo que sucede con mucha frecuencia)! Al instante se da cumplimiento, con el mayor rigor, al sangriento bando.

Este Periódico sale á luz todos los Jueves, y se compone de dos pliegos ó dos pliegos y medio cada número, segun los materiales den de sí, ó las circunstancias exijan. Se suscribe en Madrid en la Librería de Perez, calle de las Carretas: los Subscriptores de Madrid pagarán por trimestre 20 reales, por medio año 37, por año 70, y se les repartirán los números por sus casas. A los de las Provincias se les remitirán francos de porte, y pagarán por trimestre 32 reales, por medio año 61, por año 118. Los números sueltos se venden en la misma Librería á 2 reales.

Los papeles, poesías, anuncios y avisos que se nos envíen para insertar, deberán dirigirse francos de porte: A los Editores del Semanario Patriótico: librería de Perez, calle de las Carretas; Madrid.